

## ESTUDIOS RELIGIOSOS.



El hijo pródigo.—Fac-simile de un grabado de Alberto Durero.

SEGUNDA SERIE.—1857.

AÑO IV 8.



## EL HIJO PRÓDIGO.

La parábola del hijo pródigo tan conocida de nuestros lectores, es á la vez la mas popular y la mas consoladora de las leyendas evangélicas. Formaríanse volúmenes enteros si se quisiera recoger todo lo que ha sido inspirado por esta sublime ficción. La elocuencia cristiana le debe casi tantas obras maestras como ha contado grandes oradores. La pintura le ha suministrado cuadros sin número. En el siglo XVIII, fué este asunto puesto en escena por Voltaire, algunos años despues de que Massillon, cuyas obras estaban siempre presentes, dicen, sobre el pupitre del filósofo de Ferney, hubiese sacado de esta parábola uno de sus mas patéticos sermones, uno de sus mas profundos estudios del corazon humano. Recientemente uno de nuestros mas fecundos escritores dramáticos ha hallado asunto para una grande ópera.

Para comprender bien la íntima moralidad de la parábola evangélica, es necesario recordar las circunstancias y la ocasion.

Un gran número de publicanos y gentes de mal vivir, movidos por las enseñanzas y los ejemplos de Jesus, habían abrazado la nueva fé, y se presentaban públicamente en su compañía entre sus discípulos. Comparándose al médico que se dirige á casa de los que tienen necesidad de ser curados, y no á las de los que se hallan buenos, visitaba Jesus á aquellos nuevos convertidos con una especie de predilección, y no desdénaba sentarse á su mesa. Los escribas y los fariseos con esa falsa piedad, como lo nota Massillon, que es siempre cruel, se escandalizaron de la condescendencia del divino Maestro, y buscaron la razon de aquella conducta en la semejanza de las costumbres y el amor á una vida regalada. Jesus respondió á aquellas reconvenciones de la envidia con tres parábolas, y todas bajo diferentes imágenes encierran el mismo sentido. Tan pronto se representa bajo la imagen de un pastor que deja las noventa y nueve ovejas, y corre tras de una sola que se ha perdido. Tan pronto bajo la figura de una muger que parece hacer poco caso de las nueve piezas de plata que le quedan, y busca la décima que ha perdido con cuidado é inquietud estrema. Tan pronto, por último, bajo el símbolo de un padre de familia cuyo hijo mas jóven ha huido vagando de la casa paterna, y que al verle volver cubierto de harapos despues de muchos años que lo creía perdido, olvida en el momento todas sus culpas, y le da las mas grandes pruebas de ternura, muy superiores á las que daba al hijo primogénito que jamás le habia abandonado. ¿Hay necesidad de explicar el sentimiento de mansedumbre verdaderamente divina que ha inspirado cada una de estas parábolas, y que reviste á la tercera de un encanto dramático tan tierno?

Tomemos ahora al hijo pródigo en la posicion estrema y degradada en que le representa la lámina que ofrecemos hoy á nuestros lectores, y sirvámonos aqui del delicado escalpelo de Massillon para analizar esta muda escena en que el arrepentimiento y el propósito de la enmienda comienzan á nacer en medio de las privaciones y de los disgustos. Reducido por sus desórdenes á la miseria y á la mas absoluta desnudez, abatido hasta el estado de mercenario, el hijo de familias fugitivo, guarda los

puercos en los campos, y envidia las bellotas que comen estos asquerosos animales. Triste, pero demasiado verídico emblema de los vergonzosos excesos á que nos arrastran las pasiones.

«Se llega, dice el orador cristiano, hasta envidiar la condicion de los animales; se encuentra mas feliz su suerte que la del hombre, porque nada perturba su instinto brutal: el honor, el deber, las reflexiones, las conveniencias no turban jamas sus placeres: y una ciega inclinacion es el único deber que le dirige, la sola ley que le guía.»

Pero en el seno de esta abyeccion, el hijo pródigo comienza á volver en sí mismo.

«La ilusion, el encanto que le fascinaba cae de repente: asústase de hallarse tal cual es cubierto de oprobio, confundido con los mas viles animales, dividiendo con ellos sus placeres y alimento. Comienzan á correr lágrimas de sus ojos: recuerda aquella primera estacion de su vida en que todavía vivia en la inocencia: donde querido á la vista del padre de familias saboreaba las dulzuras de la abundancia de su casa: compara el candor y la tranquilidad de sus primeras costumbres con los pesares y las amarguras de las pasiones que le han seguido. Ve que no hay nada feliz en su vida, sino-aquellos primeros años en que su corazon se hallaba tranquilo é inocente. Que sus alegrías eran puras entonces, sus deseos arreglados y tranquilos; sus costumbres ordenadas y dulces.... Comienza á envidiar la suerte de los criados de su padre: la compara á la suya; su abundancia al hambre que le devora; la decencia de su situacion al oprobio de su estado; su tranquilidad á sus inquietudes; el aprecio en que viven entre los hombres y el vergonzoso desprecio en que ha caído. Yo me levantaré de él, esclama de repente apoderado de un sentimiento que le trasporta, y yo volveré á mi padre: yo volveré á derramar á sus pies toda la amargura de mi alma, y allí no haciendo hablar mas que á mi dolor, le diré:—Padre mio, peque, contra el cielo y delante de tí.»

Replegando en seguida su pensamiento hácia los que le escuchan, y queriendo hacer que se apliquen á sí propios el ejemplo del hijo pródigo, Massillon les dirige para concluir este apremiante apóstrofe:

«¿Qué necesitamos, pues, para animarnos á seguir este ejemplo? Los primeros desórdenes de vuestra vida podian encontrar su excusa en la fuerza de la pasion, y en la licencia de la edad: pero ahora ¿qué puede excusarnos? Han pasado los años: la mas hermosa estacion de vuestra vida se ha escapado; la juventud se apaga; un rostro destruido, y que os amenaza todos los dias por su mudanza, os hace ver que es tiempo al fin de cambiar de vida; el mundo es todos los dias menos agradable, porque todos los dias le agradaís menos. Todo lo que os rodea, ú os fastidia por un largo uso, ú os hace huir alejándose poco á poco de vosotros, y no debeis contar ya sobre un mundo en que no servís mas que de un incómodo aparato, y que es insensato correr todavía tras lo que huí de vosotros, y obstinaros en huir al Dios que corre á vuestro encuentro. ¿A qué aguardais, pues?»

Tan hermosas palabras merecerian citarse frecuentemente, aunque no fuese mas que por la profunda filosofía del corazon humano que revelan, aunque no fuese mas que por su armonía, por su encanto, por su elegancia!



## ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

## EL CARVET.

NOVELA.

Obligado como muchos otros á renunciar á mi carrera militar en el año 1840, largos viajes de comercio me hicieron recorrer las Antillas y las dos Américas. He morado frecuentemente en casa de los plantadores, y entre estos, con los que he mantenido relaciones, he encontrado muchos de humor compasivo y de una humanidad que no hacia escepcion de color. Recientemente, cuando ha conseguido ese triunfo europeo la obra palpitante de madama Beecher-Stowe con la *Chosa del tio Tomás*, cuando ha hecho fijar la atencion en la cuestion tan controvertida de la esclavitud, se han suscitado mis recuerdos y refiriéndome á la época en que mis opiniones sobre este objeto estaban indecisas, me han ayudado á esplicarme á mí mismo, cómo algunas personas pueden pensar hoy como yo pensaba entonces.

Uno de los primeros grandes propietarios con los que yo hice conocimiento, (me acuerdo de esto como si fuese ayer) fué Lewis, Mateo Lewis, á quien un compatriota llamaba *The Monk* en recuerdo de la novela que le habia hecho célebre. Todavía estoy viendo á aquel hombre de tanto corazon y de tanto talento, cuya prematura muerte he llorado! Tenia sobre unos cuarenta años, sin pelo de barba, estatura pequeña, ojos prominentes como los de un camaleon, todo el aire de un niño; pero de un niño travieso: lleno de talento, juzgando sobre cualquier cosa, ligero, pero con el alma llena de bondad. Tenia el corazon mayor que su estatura porque, en honor de la verdad, jamás he visto un hombre tan pequeño. En su propiedad de Cornwall, cerca de Savannah-la-Mar, era adorado de sus negros.

Massa, como le llamaban, con una sonrisa ó con un arrugar las cejas, era la alegría ó la tristeza de todos aquellos hermosos y pintorescos dominios suyos. La aldea negra esparcida sobre sus tierras era la aldea mas agradable que jamás he visto. Cada cabaña aislada en medio de un bonito jardin rodeado de soberbios árboles, me hubiera parecido aun para mí mismo un delicioso retiro: las veredas que serpenteaban en todas direcciones estaban guarnecidas de olorosos arbustos; hermosas plantas cubiertas de flores. Me acuerdo que viendo bajar por allí al rededor mio á un negrillo considerándome como una especie de animal curioso, le pregunte el nombre de una de las mas comunes y bonitas flores que veia desparramadas por todo el camino y que acababa de coger.

—Eso, me respondió en su gerigonza de criollo, es *Juan curato-todo* para nosotros los negros: pero para los blancos es el *hoccoco pikang*.

Lewis, á quien pedi la esplicacion de aquel estr año nombre, soltó una carcajada.

—Es de mi criado Cubina de quien habeis adquirido ese nombre, me respondió; es un modo de traducir la *ipe-cacuana*.

¡Cuántas veces hemos seguido Lewis y yo el hermoso camino que conduce á la bahía de Montego! El camino va dando vueltas á las montañas, cuyas cimas elevadas están cubiertas de la rica vegetacion de bambús, de madera de campeche, de deliciosos perfumes de las palmeras y mil otros árboles hermosísimos, espesos y mas floridos los unos que los otros. Durante el espacio de cuatro horas lo menos, el sendero le lleva á uno por los mas encantadores sitios. Estasiábame sobre la belleza de un pais donde me parecia no encontrar sino rostros felices. Cada negro abria una boca hasta las orejas con una risa de bienaventuranza á la vista del Massa, y mas de una vez las lindas negras cuyo elegante y esbelto talle no rehusarian los nombres mitológicos de Venus, Siquis, Iris, etc., á los que respondian, nos detuvieron para saludar al Massa y pedirle cuál una falda, cuál una un pedazo de tocino de jamon, y algunas otras frioleras tan poco poéticas como estas. Reía-se con muchas ganas mi huésped, concediendo cinco varas de percal rayado á Venus para hacerse una falda, y volvía frecuentemente en sus conversaciones serias ó divertidas alternativamente á hablar sobre la suerte feliz de los esclavos. He pensado despues que no me hubieran hablado tanto si hubiera estado completamente convencido.

—¿Qué diria Wilvelforce, me repetia cuando los cánticos y los bailes de sus negros no nos dejaban dormir: qué diria al ver la vida que llevan esos tunantes? ¿Hay uno solo en nuestras clases laboriosas de Europa que esté tan alegre y sin menos cuidados que mis negros? Massa es el que da habitacion, el que los viste, el que los alimenta, el que los ha de cuidar en sus enfermedades, el que les regala bien cuando están buenos.

Tal vez es tambien Masa el que los corrige, el que los manda en caso de necesidad dar azotes ó ponerlos en un calabozo.

—¡Un momento! replicó poniéndose serio; yo no sé lo que pasa en los ingenios inmediatos; pero aqui no se oye ni el nombre ni el silbido de mal agüero del látigo, ese instrumento de tortura: le tengo horror.

¿Cómo no habia yo de participar de la opinion de mi huésped viendo la feliz poblacion que le rodeaba y que exenta de lo que hay mas grave en el mundo, de toda responsabilidad, vivia por el dia al sol, como viven los pájaros y los animales? Hacian apenas los trabajos necesarios: ellos recogian las cañas y fabricaban el azúcar: tuve ocasion y lugar de notar mas de una vez cómo trabajaban y que gozaban en su obra. No se privaban ni del jarabe ni del azúcar para ir á venderlo á Savannah-la-Mar y al mismo Montego.

Esto me hizo reflexionar desde luego sobre el inmenso



papel que representa la responsabilidad de la moralidad de la raza humana. Aquellas gentes tan felices eran mendigos embusteros, ladrones, perezosos. Muchas historias de envenenamientos, de asesinatos casi sin causa, circulaban en la plantación, y a pesar del obstinado desprecio de mi huésped de alejar de sí toda idea desagradable, le vi preocuparse de ello.

El mejor de sus esclavos, mozo muy inteligente, hombre de color de los que llaman, creo, zambos, nacido de un mulato y de una negra, se iba consumiendo visible y rápidamente. Este desgraciado fué llevado al hospital. Yo fui con Lewis, que lo quería mucho, á ver á Nicolás, así se llamaba. Corría el rumor en las chozas de que había sido mordido por un *galli-wasp*, especie de pequeño aligátor de puntiaguda lengua armado de un venenoso aguijón cuya picadura es mortal: pero el mayor número, sobre todo, de los mulatos, acusaba á un *obi* oculto en las inmediaciones, de haberle embrujado. Pregunté que eran los *obis*.

—Son los hechiceros del país, me respondió Lewis. Venden drogas para hacerse amar ó para vengarse; ya comprende vd. Son envenenadores. Esos miserables tienen secretos. Saben extraer del jugo de las plantas, de las frutas, tal vez de los mismos pescados y reptiles, las mas terribles drogas. Se los quemaba en otro tiempo, hoy se los deporta. Frecuentemente son negros marrones los que representan este papel de *obis*: andan rondando al rededor de las cabañas para anudar conspiraciones y preparar asesinatos. Su influencia sobre la débil imaginación de estos pobres negros es tal, que le bastaría á un *obi* decir á un negro que le disgusta: ¡morirás tal día! para que el pobre negro se fuese consumiendo poco á poco y pereciese á la hora marcada.

Llegados al hospital y á la cama del enfermo esclavo, me conmoví profundamente: era la mirada de un moribundo; pero había allí un alma en el fondo de aquellos ojos vidriosos. Las palabras difícilmente articuladas por aquella moribunda boca, me llegaban al corazón. Nicolás no moría ni de veneno, ni de enfermedad; moría de esclavitud: dos veces se había creído á punto de poder ser rescatado y el desengaño le mataba. Empleó las pocas fuerzas que le quedaban en recomendar á su amo dos negritos calenturientos que se hallaban acostados juntos al lado de su cama, de los que cuidaba al mismo tiempo que al hombre con una dolorosa ternura una muger que me pareció ser su madre.

Lewis prometió todo lo que quiso el zambo, escepto la libertad.

—Necesitaria dársela á todos, respondió en voz baja á una mirada mía suplicante.

Después se esforzó en consolar al moribundo animándole á que volviese á la vida, y le hizo los mas buenos discursos que me parecían concluyentes sobre la fortuna y dulzura de su condición.

Las lentas oscilaciones de aquella desfalleciente cabeza probaban que el zambo no quedaba convencido. En fin, dijo con una fuerza que me asombró:

—Ser libre: Massa, es ser algo: esclavo no es mas que una cosa.

No habló mas, y dos dias después había muerto.

Sentíame yo conmovido y muchas veces volví al hospi-

tal para visitar allí á la viuda del zambo, Zara, como la llamaban.

Siempre la encontré sentada al lado de los dos niños fijando alternativamente una mirada en uno y otra mirada en otro, cuidándoles con igual solicitud y esmero. Decíame yo á mi mismo que una muger blanca no sabría amar mejor. Supe entonces que de los dos niños enfermos, uno solo la pertenecía, y que el otro era un huérfano cuya madre había muerto de parto y había sido adoptado de compasión por Zara. Nadie hubiera podido adivinar de cuál de los dos niños era madre.

Un gran suceso que se verificó en la colonia, interrumpió mis visitas y cambió el curso de mis preocupaciones.

Uno de los inspectores de la *de lord Leindhuret* (uno de los vecinos de Lewis) acababa de hacer un descubrimiento horrible. Admirado del numeroso concurso de negros que iba á los funerales los había espiado: escondido cerca de la choza donde se verificaba la ceremonia, oyó todos los detalles de un terrible complot. Un negro procedente de Santo Domingo, y un mulato anabaptista, habían organizado un plan de horribles asesinatos: los *massas*, tan queridos á creer los modales de los esclavos de Cornwal, debían ser todos degollados, buenos ó malos: esto era, decían los gefes, un sacrificio necesario. Allí también dominaba el horrible axioma: el que quiere el fin quiere los medios. Los conjurados africanos todos habían elegido un rey de los *eboes*, y habían tan bien tomado sus medidas, que hubieran salido perfectamente sin el descubrimiento del inspector.

Conmoviéndose y púsose en movimiento toda la colonia: reorganizáronse las milicias, se echó mano al rey de los *eboes*, y Lewis y yo habíamos concluido por alojarnos en una fonda en la bahía de Montego, para oír las noticias y ver juzgar á su magestad negra y sus dos capitanes. La canción que habían cantado en coro el día del descubrimiento del complot, fué leída ante el tribunal: pasaba de mano en mano con avidez.

Ya que el ritmo no era rico, y las ideas me parecían poco complicadas, yo que la oí entonces repetir y comentar con tantas diversas expresiones de temor y horror, aun me acuerdo de ella.

¡Oh mi buen amigo Wilvelforce!  
dá al negro la libertad!  
Dios Todopoderoso da la libertad;  
al negro por fuerza no se la ha de quitar!  
La libertad, ¡oh Wilvelforce!  
¡la libertad, la libertad!

El capitán negro, al que se presentó aquella canción como una de las pruebas de acusación, respondió con la mayor serenidad, que no sabía que hubiese mal alguno en cantarla: es, prosiguió, la canción de Juan Bautista, un buen negro que tiene la cabeza en una cacerola desde que es amigo del negro.

La serie de los debates estuvo muy lejos de presentar incidentes tan burlescos, y el terror y precauciones del país no impidió que uno de los capitanes negros llegase á escaparse quemando la puerta de su prisión: el otro fué deportado, y el rey de los *eboes*, condenado á ser ahorcado. Murió con mucho valor é intrepidez. Yo me hallaba



en la primera fila de los hombres y mugeres, mitad curiosos, mitad asustados, que se agolpaban en el camino por el que marchaba al suplicio. En el momento en que pasaba hubo un movimiento en la muchedumbre. Empujado fuertemente por una negra colocada cerca de mí, me encontré sin saber como ni cuando, en contacto con aquel desgraciado: sentí, no sin una especie de terror, su negra mano coger y estrechar la mía. Retrocedí: la fila de soldados había vuelto á alinearse; pero yo tenía una cosa entre los dedos, que mantuve cerrados y metidos en mi bolsillo: no quería faltar á la confianza de quien quiera que fuese, y me retiré poco á poco de aquel innoble tropel y de la horrible vista de una muerte violenta. Deseaba hallarme solo. Cuando abrí el paquete envuelto en un pedazo de

percal, que el rey de los eboes había confiado, según presumo, á la compasión que leía en mi rostro (no podía dar otra explicación á este incidente) lo que hallé en él no disminuyó mi sorpresa: era un collar de granitos encarnados, sumamente pequeños, y que yo no conocía.

El trapo que envolvía el pequeño talisman se había caído al suelo. Volví para recogerlo, esperando encontrar en él alguna explicación. En frente de mí brillaban, en medio de un rostro negro, como dos carbones encendidos, dos ojos de fuego, y la mano de una negra, que yo no había oído acercarse, se alargaba para coger el pedazo de tela que yo levanté del suelo por un movimiento instintivo mas rápido que el pensamiento. El rostro negro, que permaneció un segundo petrificado delante de mí, no me



Carvet de negros marrones.

era desconocido: era el de la vieja que tan violentamente me había empujado en el momento en que el rey de los eboes pasaba por delante de mí.

—El es el Massa de un país lejano, y Zara asida del *piconnini* (los negros llaman así á los niños): ¡no venda al pobe nego!

Juntó en ademán suplicante sus manos y desapareció á mi vista: se metió entre las espesas ramas que me habían impedido, sin duda, verla llegar. Imposible perseguirla. Fui á encerrarme á mi cuarto de la fonda antes de mirar de nuevo el depósito, sin duda involuntario, de S. M. negra. ¿Era aquello la clave de un complot, el signo de una conjuración, una orden enviada para algun asesi-

nato? Vagaban mis ideas sobre las cosas mas inverosímiles. Resolví aclarar aquel misterio sin mezclar á Lewis, ya tildado de demasiado parcial para los esclavos, y á quien había enviado á llamar el presidente del tribunal para hablarle con este motivo.

Examiné el collarcito y no encontré en él aclaración alguna. Las especies de geroglíficos marcados de rojo, con sangre sin duda, sobre el percal listado de azul que rodeaba el amuleto, me eran enteramente desconocidos. ¡La negra había nombrado á Zara! Decidíme pues, á volver á Cornwall para tomar mis informes de la viuda del zambo que tan fiel había yo encontrado en cuidar de sus enfermos y cuyo marido parecía que estimaba Lewis, si



es que en aquella época un blanco podía confesar que *estimaba* á un hombre de color.

Fuí á tomar mi caballo de la cuadra, escribí una palabra á Lewis escusándome con un negocio urgente, y me fuí derecho al hospital de Cornwall.

Ya no estaba allí Zara; ella y los dos niños habían desaparecido. ¿Dónde podía haber ido? A las montañas, me respondieron todos aquellos á quienes preguntaba.

Ir á las montañas, es huir: es ser marron *runawai*, como me dijo uno de los principales regidores: y en una conversacion que prolongué á propósito asombrándome de que una muger que estaba tan bien tratada se espusiese con dos niños convalecientes á todos los peligros y fatigas de una fuga, supe que había un retiro de negros escondido en una parte mas allá de las Bocas del Diablo por encima del bosque Negro en las rocas de aquel horrible desierto. El honrado blanco añadía adjetivo sobre adjetivo, sin conocer que aguijoneaba el secreto deseo que fermentaba en mí de hacer conocimiento con aquellos salvajes y pintorescos sitios que calificaba con tan horrendos nombres.

—Seguro estoy que su *Carvet*, su nido de víboras, que debía destruirse, se halla escondido en el Bogr, proseguía este. No están lejos de Santo Tomás, donde se encuentra la otra propiedad de vuestro patron, su mas hermosa finca. Mr. Lewis no quiere ver ni creer nada; pero cuando bajen de Bogr y talen y saqueen todo en sus tierras comenzará á conocer que no hacemos mal nosotros en desconfiar de ellos.

—¿De Bogr! repliqué yo ¿que es eso?

—Una montaña infernal, ó mas bien un monton de rocas, de torrentes, de precipicios, donde van á refugiarse: una guarida de bestias salvajes. Ya veis esa Zara á quien tanto había cuidado..... Mr. Lewis los echa á perder á fuerza de tener tanta bondad.

Y continuó sobre este tema.

Me separé de él viendo que nada mas podía sacar de noticias y que solo en la poblacion negra podía hallar mas detalles. Fué preciso confiar en alguno. Me acordé de uno llamado Adam de bastante mala reputacion acusado de ser obi, de quien Lewis me había hecho reparar la fisonomía. Hacia el negro el oficio de barquero en Sawannah-la-Mar, y traía todos los meses á su amo una parte de las ganancias. Dejé una nota á Lewis en la que dándole gracias de sus bondades le decía que iba á dar una vueltecita, y tal vez le encontraría otra vez ó en su propiedad de Santo Tomás ó en Cornwall, y me marché resuelto á llevar á cabo la aventura. Era extrema mi curiosidad; yo no había recorrido la Europa arma al brazo tan largo tiempo para asustarme por algunos negros marrones y la afición á lo imprevisto era muy poderosa en mí.

No me costó trabajo encontrar á Adam. Pidiéndole que me llevase á dar un paseo por el mar, metióse en su barca, detrás yo, y una vez ya en el mar (tenia un excelente cachorrillo en mi mano derecha) saqué con la izquierda el collarito y se lo puse á la vista.

—¡Oh! gritó y dobló las dos rodillas.

Comprendí en su fisonomía y en su movimiento que tenia algun poder oculto en la mano y que obedecería al negro á cuanto le mandase.

—Lee, dije, y desplegué el pedazo de percal, lee alto.

Leyó: Adios, salvad el piconnini en el Carvet de Bogr.— A él la prenda.

—Pues bien, llévame lo mas pronto posible al Carvet de Bogr; yo mismo entregaré la prenda al piconnini.

Adam volvió á coger el remo y empezó rápidamente á vogar. Como me obedeció en todo sin réplica ninguna por el respeto y terror que le inspiraba aquel misterioso collar, ví en él una dolorosa arma de que me serví para irme enterando poco á poco de todo.

—El capitan que se había escapado de la prision de Montego había llegado de Carvet, cita de los negros marrones. Había llevado allí á Zara y al hijo del rey de los eboes de quien era madre adoptiva. Aparentando que estaba instruido de todo, supe de Adam cuanto quería saber. Aquel collar que yo llevaba era el signo de la dignidad real, traído del fondo de la Guinea, y pasaba de padres á hijos como una prenda de soberanía. El negro al morir lo enviaba á su heredero, y en lugar de encontrar la mano de la negra que debía servirle de mensajera era la mia la que había hallado al lado de la suya en el instante en que iba á morir.

Aunque despreocupado, no dejaba de tener alguna aprension sobre las consecuencias de mi temeridad cuando ví las ásperas soledades al través de las que me hizo pasar Adam. Despues de haber escondido su barca bajo una roca que las olas parecían lavar, pasamos por horrendos precipicios. Dormí algunas horas debajo de una *ajoupa*, especie de cabaña oculta entre los troncos de los árboles, y por fin llegamos. El hacha había cortado allí una pequeña plaza, y un sitio pantanoso lleno de plantas de cañas y de juncos la rodeaba por tres lados. Allí el aire apenas se renovaba; allí amontonada la vegetacion en aquellas aguas estancadas, se levantaba el Carvet, la poblacion de aquellos desgraciados. Troncos de árboles cortados, apoyados los unos sobre los otros y sostenidos por una especie de postes, formaban las paredes de las chozas, donde seguramente los plantadores no hubieran colocado al mas vil animal, y les servian de techo haces de heno y hojas de cañas arrancadas en los pantanos inmediatos.

Allí en presencia de Zara y del niño que ella había criado entregué al capitan eboe el collar, que fué colocado con algunas solemnidades en el cuello del pequeño heredero de un imaginario reino. Pasé dos dias en el Carvet, y escribiría demasiado si dijese todo lo que ví, todo lo que sentí, escuchando á Nabo: este era el nombre del capitan negro. Ví bien que el rey de los eboes no había sido mas que un maniquí: el pensamiento por sorpresa desbaratado era enteramente todo de aquel negro, cuya inteligencia me pareció notable. Traté de convertirle mostrándole lo bien que le iría si se sometía.

—El estado de los esclavos, le decía yo, debe mejorarse mas y mas. Los dueños, temprano ó tarde, darán por sí mismos esa libertad que ahora tratais de arrancarles á sangre y fuego.

—Tal vez, decía, pero yo no vuelvo á tomar la cadena. Si aquí son de leche y algodón volveré á Santo Domingo ó á otra parte.

Mis palabras se las llevó el viento; el sentimiento del ultraje hecho á su raza era demasiado profundo en su alma. Me acuerdo de una leyenda que me contó y que de-





nota mas que todos los raciocinios la disposición y retraimiento del corazon del esclavo.

«Pretenden que somos de la raza de Cham: decidles que ellos son de la de Cain. Dios hizo al hombre fuerte y negro: pero cuando preguntó al primer asesino: ¿qué has hecho de tu hermano? le causó tanto miedo Dios que se volvió blanco, enteramente blanco! ¡Oh! desde entonces quedaron blancos.»

Abandoné aquel triste y terrible sitio con el alma llena de pesar y temblando temprano ó tarde por la raza blanca, y no sin fatigas y trabajos volví á la habitacion de Lewis. Creí prudente no contarle nada ni explicarle la causa de la palidez que notaba en mi semblante, que yo hice atribuyese á la fatiga y cansancio de la caza, en la que le dije que habia pasado el tiempo que habia estado separado de él.

## CIENCIAS Y ARTES.

### ESPERIMENTOS DEL ABATE CHAPPE.

Cítanse muchas esperiencias del abate Chappe, que no dejaron de tener influencia en los progresos hechos en el último siglo en el estudio de la electricidad.

En fitch, en Lorena, el 28 de mayo de 1737, á las cinco y diez minutos de la tarde, en su gabinete de física, sonó de repente la campanilla eléctrica con una extraordinaria celeridad. Habia prohibido el abate Chappe que se acercasen al conductor, porque jamás le habia parecido tan considerable la electricidad atmosférica. Sin embargo, un soldado que ocupaba ordinariamente en dar vueltas á la máquina cuando hacia esperiencias sobre la electricidad artificial, quiso sacar una chispa teniendo la botella de Leyden suspendida en la barra de hierro. El pobre diablo fué derribado al instante en el suelo con tal violencia, que rompió la botella y los cordones que sostenian el conductor. Estuvo más de una hora sentado, y conservó tal terror de este suceso, que jamás pudieron decidirle á sacar una chispa en las esperiencias ordinarias.

En Tobolsk, en Siberia, el 41 de junio de 1761 estaba sereno y despejado el cielo. Sin embargo, todo parecia anunciar una tormenta: apenas se respiraba, aunque el termómetro solo estuviese á 48°. Una oscura nube se presentó en medio del horizonte: se levantó insensiblemente, y pronto un silbido sordo anunció su aproximación; empero no se veían relámpagos, ni se oía el trueno. Un impetuoso viento sucedió á aquel ruido: presentáronse á lo lejos torbellinos de polvo en direccion de la tempestuosa nube. Bien pronto los rayos cruzaron el espacio en todas direcciones; se dejó oír el trueno, y se debilitó la luz del sol. A las doce y veinte y ocho minutos, el abate vió levantarse del suelo el rayo bajo la forma de un cohete, á unas 2932 toesas de él, y hasta 110 toesas de alto. La barra daba entonces débiles señales de electricidad. A las doce y treinta y cinco minutos era tan considerable la electricidad, que no se atrevia á tocar á la barra. Se sacaban chispas á cuatro pulgadas con un pedazo de hierro sujeto en un tubo de cristal.

Multiplicábanse los rayos; zumbaba siempre el trueno, y era tan intensa la electricidad, que producía un horrible silbido. El observador y los asistentes tuvieron que retirarse al otro extremo del observatorio. A las doce y cuarenta y siete minutos enviaban dos gruesos manojos

de electricidad los dos estremos de la barra, á pesar de la lluvia que comenzaba á caer: estos manojos eran del mas grande resplandor, y las chispas salian de todas partes con una crepitación que se hubiera podido oír desde muy lejos. El observador se hallaba ocupado de estos diferentes fenómenos que habian llenado de terror á todos los concurrentes, cuando á las doce, cuarenta y ocho minutos y dos segundos, la barra de aquella parte del observatorio se inflamó de repente, y aquel fenómeno fué seguido de un estallido de trueno tan pronto y tan violento, que todas aquellas gentes, dice el abate Chappe, cayeron derribadas en el suelo unas sobre otras, queriendo huir precipitadamente. Un instante despues desapareció la llama, y la barra no volvió á dar sino débiles señales de electricidad.

En el observatorio de París, el 6 de agosto de 1767, á las diez y media de la noche, el rayo que estaba espionando el abate Chappe hacia cinco horas, se elevó á lo largo de un mástil aislado sobre el terrado del observatorio, y el sabio físico exclamó:

— ¡Héle ahí; héle ahí!

El hijo de Cassini fué testigo del hecho que contribuyó á demostrar que el rayo algunas veces se dirige desde lo bajo á lo alto.

«Percibí distintamente, dice el abate Chappe, un intervalo entre el ruido y el momento en que el rayo pareció al pie del mástil. De modo que se alzó sin ruido, y el golpe del trueno no estalló sino en el instante en que desapareció el rayo, ó mas bien, cuando hizo su explosion: porque si el ruido hubiese sido producido por la centella en el momento en que se levantó de la tierra, no hubiese debido observar este intervalo, porque me hallaba distante del mástil unas 32 toesas; y entonces no hubiese habido ningun intervalo sensible entre el relámpago y el trueno. Resulta de aquí que el trueno no es una consecuencia del relámpago sino en cuanto á la explosion; y que por la misma razon puede haber muchos relámpagos sin trueno, como frecuentemente se observa.»

«Los relámpagos, dice Arago, se escapan algunas veces de las nubes por la superficie superior, y se propagan en la atmósfera de bajo en alto.»

«Hay en la Siria una montaña muy alta que se llama el monte de Santa Ursula, en cuya cumbre hay edificada una iglesia. Juan Bautista Werloschingg, médico que visitaba aquella iglesia el 4.º de mayo de 1700, vió formarse hacia la mitad de la altura de la montaña muy espesas y



muy negras nubes que pronto fueron el foco de una gran tormenta. El cielo continuó permaneciendo muy sereno y claro en la cumbre. Brillaba en ella el sol con el mas puro resplandor. Todos podian creerse, pues, en perfecta seguridad en la iglesia, y en el entretanto, el rayo salido de la nube inferior, mató á siete personas al lado del doctor Werloschingg.»



Experimento hecho por el abate Chappe de la Academia de Ciencias en Tobolsk en Siberia en 1761.